HARLEQUIN Deseo™



Padre y millonario

Emily McKay

Deseo™

Padre y millonario

Emily McKay



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Emily McKaskle. Todos los derechos reservados.
PADRE Y MILLONARIO, N.º 1598 - agosto 2011
Título original: Baby on the Billionaire's Doorstep
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-720-4
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

Mientras el taxi paraba frente a la impresionante monstruosidad que su hermano llamaba hogar, Dex Messina se pinzó el puente de la nariz con los dedos.

Estaba realmente cansado.

Se estaba haciendo mayor.

Había pasado una semana en Amberes trabajando dieciséis horas al día para que todo estuviera listo para la apertura de la nueva fábrica de corte de diamantes de Messina Diamonds. Por si no fuera suficiente, acababa de llegar de Bélgica, lo que suponían diecisiete horas de vuelo, más seis horas de retraso en Nueva York.

No podía más.

–¿Es aquí? –le preguntó el taxista.

–Sí, hogar dulce hogar.

Como la obra de reforma de su loft se había vuelto a retrasar, Dex se había ido vivir con su hermano, Derek, una situación que no les gustaba a ninguno de los dos y que ya hacía demasiado tiempo que se prolongaba. Menos mal que Dex pasaba mucho tiempo fuera del país y se había instalado en la casita de invitados, que estaba apartada de la principal.

Dex entregó al conductor un billete de cincuenta dólares, sacó la bolsa de viaje que llevaba en el asiento

junto a él y bajó del coche. Una vez fuera, se la echó al hombro y avanzó por el camino. Los enormes robles y los arbustos perfectamente recortados hacían que la casa no se viera desde la carretera y daban la impresión de que se había salido ya de Highland Park, el exclusivo barrio de Dallas en el que vivía su hermano.

La hiedra subía por las paredes de la casa y había un pequeño muro de piedra antiguo que daba un toque nobleza decadente.

Todo en la vida de Derek era así. Perfecto, controlado, pretencioso.

Aquello sacaba a Dex de quicio. Cuánto le habría gustado darse un paseo con su moto por encima de las perfectas praderas de césped.

Por supuesto, no lo iba a hacer porque ahora era un contribuyente respetable de la empresa familiar, un pilar de la sociedad.

De repente, Dex se paró en seco cerca de las puertas de caoba y tuvo que mirar varias veces lo que estaba bloqueando su paso antes de que le quedara claro que no estaba teniendo una alucinación.

Se trataba de la sillita de un niño pequeño.

Junto a la silla, había una bolsa decorada con ositos sonrientes, y lo peor de todo no era eso, sino la cabecita que asomaba entre unas cuantas toquillas blancas.

Dex estaba a punto de acercarse cuando se lo pensó mejor, se sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó el número de su hermano.

–Derek, ¿estás en casa? –le preguntó cuando contestó.

–Sí, no me digas que has perdido el vuelo, porque te necesito en el despacho para...

–No, estoy en la puerta de casa. Baja.

–¿Estás en la puerta de casa? ¿Y para qué me llamas entonces? –preguntó Derek algo irritado.

–Baja y lo verás –contestó Dex.

Mientras esperaba a su hermano, se colocó en cuclillas y se pasó la mano por la mandíbula mientras miraba fijamente la sillita y lo que contenía.

Cinco minutos después, salió Derek. Evidentemente, estaba trabajando porque llegaba sin chaqueta, sin corbata y con las mangas de la camisa blanca remangadas.

–Será mejor que lo que me tengas que decir sea importante.

Dex no contestó, se limitó a mirar a su hermano con una ceja enarcada esperando su reacción. Si no hubiera estado completamente desbordado por la situación, seguramente le habría parecido divertida.

–¿Es una broma? –preguntó Derek mirando la sillita.

–No lo sé, pero te aseguro que, si lo es, yo no he tenido nada que ver.

–¿No te lo has traído tú?

–No, no me he traído un bebé de Amberes –contestó Dex chasqueando la lengua–. Me parece que sería ilegal.

–¿Y qué hace aquí?

–No tengo ni idea, me lo he encontrado ahora, al llegar –contestó Dex fingiendo un entusiasmo que no sentía en absoluto.

A continuación, se acercó a la sillita y apartó la to-

quilla. Al hacerlo, apareció la diminuta cabecita de un niño de tez increíblemente pálida. El pequeño estaba tan quieto que Dex no sabía si respiraba. Llevado por el pánico, apartó la toquilla y le puso la palma de la mano sobre el pecho.

El pequeño tomó aire y exhaló lentamente. Mientras sentía el aliento cálido en la mano, Dex sintió también que algo en su interior se tensaba y, al instante, se aliviaba.

–¿Está vivo? –preguntó Derek.

–Sí, menos mal.

–¿Qué es eso? –preguntó su hermano señalando algo.

Al apartar la toquilla, había quedado al descubierto una nota. Dex la agarró y se puso en pie. Derek se la arrebató y dio un paso al frente para poder leer bajo la luz del porche.

D.

Se llama Isabella. Es tuya. Vas a tener que cuidar de ella durante un tiempo.

La nota no estaba firmada.

Derek y Dex se quedaron mirando fijamente durante un rato y, a continuación, miraron al bebé.

–¿En qué lío te has metido esta vez? –comentó Derek preocupado.

–¿Yo? –se sorprendió Dex–. ¿Y por qué crees que es mía?

–Desde luego, mía no es –contestó Derek–. Te aseguro que soy muy cuidadoso con estas cosas.

–Te aseguro que yo también.

–Te la has encontrado tú –apuntó Derek.

–Sí, en tu casa.

–En la que vivimos los dos.

Tras aquel intercambio, se quedaron mirando de nuevo. Mientras se miraba en los ojos azules de su hermano, Dex se dio cuenta de lo ridícula que era aquella conversación. Aun así, admitir que no tenían manera de saber de cuál de los dos era la niña era como admitir que podía ser suya.

En aquel momento, un sonido parecido a un maullido procedente de la sillita llegó hasta sus oídos y ambos se giraron hacia el bebé. La niña había movido la cabeza y estaba abriendo y cerrando la boca como si estuviera buscando algo.

Dex había compartido muchos vuelos con bebés llorones como para saber que, si no hacía lo adecuado, aquello se podía poner muy feo, así que se arrodilló, buscó por la sillita, encontró un chupete atado y, con la precisión de un héroe de película que desarma una bomba nuclear, se lo metió a la niña en la boca.

Aguantando el aliento, la observó mientras succionaba muy contenta, se llevaba a una mano a la mejilla y volvía a quedarse dormida.

Derek suspiró aliviado a su espalda.

–Esto es ridículo.

A continuación, se sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón.

–Voy a llamar a Lorraina.

–¿Estás llamando a Raina? –murmuró Dex apar-

tando a su hermano del bebé–. Son más de las doce de la noche y es domingo.

–¿Y qué?

–Que es un poco tarde para llamar a tu secretaria y que, además, han abandonado un bebé en la puerta de tu casa. Lo que deberías hacer es llamar a la policía.

–No, de eso nada. Si llamara a la policía, esto se convertiría en una pesadilla mediática.

–Y, por supuesto, la imagen pública de Messina Diamonds es mucho más importante que el bienestar de este bebé.

Dex no sabía si Derek lo había escuchado o no porque, para entonces, Raina había contestado y estaba hablando con ella. Unos minutos después, su hermano colgó el teléfono y se quedó mirando al bebé.

–Dice que no puede venir –anunció.

–No me extraña –contestó Dex.

–Me ha dicho que, si se despierta, le demos de comer –apuntó Derek.

–Estamos solos ante el peligro –comentó Dex mirando la sillita, reuniendo valor y acercándose de nuevo.

A su hermano no parecía hacerle mucha gracia, o tal vez no se le hubiera ocurrido meter la sillita dentro, así que Dex se acercó, puso las manos en los asideros y dio un paso al frente. Derek se puso delante antes de que le diera tiempo de llegar a la puerta.

–¿Crees que es lo correcto?

–Es un bebé, no un vampiro. Tarde o temprano, vamos a tener que meterla en casa.

Derek asintió y lo siguió. Una vez en el salón, Dex dejó la sillita junto al sofá, donde la luz no era fuerte y no le daba a la niña en la cara. A continuación, se sentó en una silla junto a ella y esperó.

Derek le sirvió una copa de brandy y se sentó enfrente.

–Te vas a tener que quedar con ella mañana.

–¿Porque yo? –contestó Dex atragantándose con el brandy.

–Porque yo me tengo que ir a Londres al mediodía.

–¿Y por qué no puede venir Raina a cuidarla?

–Porque se viene conmigo. Volveremos a finales de la semana, pero entonces va a estar muy ocupada organizando la recepción de la semana que viene. Vas a tener que buscar a una persona para que la cuide, alguien de confianza. Te necesito en el despacho el martes para la reunión del consejo de administración.

Dex le dio otro trago al brandy.

–Menos mal que no te vas hasta el mediodía –comentó.

–¿Por qué lo dices?

–Porque mañana por la mañana, en cuanto nos levantemos, nos vamos a ir a hacer las pruebas de paternidad.

Normalmente, Lucy Alwin no mentía nunca. No le gustaba hacerlo y no se le daba bien.

Sin embargo, aquel día iba a tener que mentir

mucho y más le valía resultar convincente porque el futuro de Isabella estaba en juego.

Tras comprobar la dirección una última vez, puso su Toyota Prius rumbo a Briarwood Lane. El ver una mansión detrás de otra no hizo nada por aplacar sus nervios, sólo reforzar lo que ya sabía, que los Messina eran muy ricos y poderosos.

Lucy paró el coche frente al número 122 y maldijo a su hermana gemela de nuevo. Hacía ya un año que le había advertido a Jewel que le iba a tener que decir a Dex Messina que estaba embarazada porque, si no se lo contaba ella directamente y aquel hombre se enteraba después, podría querer hacerse con la custodia de la niña y arrebatársela.

Pero su hermana no le había hecho ni caso. Jewel había querido hacer las cosas a su manera, ella sola. El único problema había sido que su definición de hacer las cosas sola era cargar a Lucy con un montón de responsabilidades y tareas, pero lo cierto era que desde la primera vez que Lucy había tenido a su sobrina en brazos no le había importado lo más mínimo.

Sin embargo, su hermana llevaba un mes alejándose lentamente tanto de ella como de Isabella y lo último que había hecho había sido esperar a que Lucy estuviera dormida la noche anterior, agarrar a su hija y dejarla en la puerta de Dex para, a continuación, largarse de la ciudad.

Lucy no se había dado cuenta hasta aquella mañana de que ninguna de las dos estaba en casa. En un intento por tranquilizarla, su hermana le había dejado una nota diciéndole que iba a estar fuera un par

de semanas, pero que no se preocupara por Isabella porque la había dejado en un lugar seguro.

Por primera vez en su vida, Lucy agradeció la desidia de su hermana. A Jewel le debía de haber dado pereza cambiar la silla de Isabella del coche de su hermana al suyo y había decidido tomar prestado el Prius de Lucy. Menos mal que lo había hecho. Así, Lucy había podido recuperar la dirección de donde estaba Isabella, pues Jewel había utilizado su GPS.

Lucy había tardado tres horas en diseñar y ejecutar el plan para recuperar a su sobrina, un plan que incluía apoderarse del armario de su hermana y cortarse el pelo y teñírselo como lo tenía ella, de rojo brillante.

Dentro de un rato, Lucy iba a tener que convencer a Dex de que era la madre de Isabella y de que había cometido un terrible error abandonando a su hija. Para ello, primero iba a tener que convencerlo de que era la mujer con la que había tenido una aventura de una noche hacía catorce meses.

Lo cierto era que no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

Su hermana y ella no se parecían absolutamente en nada. Lucy era racional y pragmática mientras que Jewel era exótica y sensual. Vamos, que Jewel sabía manipular y controlar a los hombres de una manera que Lucy jamás había ni comprendido ni imitado.

Si Dex se acordaba de Jewel, y normalmente los hombres no se olvidaban de su hermana así como así, a Lucy le iba a costar un triunfo convencerlo de que era su hermana gemela.

Lucy rezó para poder entrar y salir de aquella casa rápidamente y para que Dex no la mirara demasiado detenidamente.

No estaba completamente convencida de que las cosas fueran a salir bien, pero sabía que tenía que intentarlo por el bien de Isabella.

A pesar de que los Messina eran ricos y privilegiados, todo el mundo sabía que eran también duros y fríos y que solamente les interesaba el dinero, así que Lucy no iba a permitir bajo ningún concepto que unos hombres así cuidaran de su sobrina.

No, Isabella necesitaba a una persona que la cuidara apropiadamente y, ya que parecía que su hermana no estaba dispuesta a ser esa persona, ella estaba más que dispuesta a serlo.

Con aquel pensamiento en mente, Lucy llamó al timbre. Al instante, oyó llorar a Isabella dentro y se dijo que, hiciera lo que hiciera, merecería la pena mentir por ella.

Tuvo que repetírselo varias veces mientras se abría la puerta y aparecía Dex Messina, tan atractivo como la primera vez que lo había visto, pero con aspecto desgarbado y aire de estar molesto.

–¿Es usted la niñera? –le preguntó.

–No, soy la madre.

Capítulo Dos

Dex no sabía que un bebé pudiera llorar tan alto y durante tanto tiempo. Isabella había comenzado a llorar en cuanto se la habían dejado y todavía no había parado y de aquello hacía aproximadamente una hora y media.

–¿Quién dice que es usted? –le preguntó a la mujer que había encontrado al abrir la puerta, pues creyó no haberla oído bien.

–Soy la madre, soy la madre de Isabella.

Isabella eligió aquel preciso instante para dejar de llorar, así que en aquella ocasión Dex no tuvo problemas para escuchar la respuesta de la recién llegada. Sin embargo, la niña volvió a lanzar un grito ensordecedor, momento que la mujer eligió para ponerse de puntillas y atisbar por encima del hombro de Dex. Miró primero a un lado y luego al otro y, a continuación, con increíble e inesperada velocidad, se coló por debajo de su brazo y entró en la casa.

Una vez en el vestíbulo y guiándose por los lloros de Isabella, llegó hasta el salón y fue directamente a la sillita en la que Dex había depositado al bebé cuando había ido a abrir la puerta.

La desconocida tomó a Isabella en brazos con ternura y la niña se calló inmediatamente. Agrade-